

MARIA LUISA BEMBERG

"Un director con su equipo es como un pequeño dios"

Por Adriana Schettini

Per qué eligió contar la historia de una monja cuando hoy día esa vocación ya está extinguiéndose en el mundo?

—Yo no la elegí a sor Juana por su condición de monja sino de poeta. Por su importancia —poco conocida por la mayoría de la gente— en las letras hispánicas. Ya lo dice Octavio Paz, en cuyo ensayo está basado mi guión: Juana no entra al convento por vocación, sino porque quiere estudiar. Eso era típico en muchas mujeres que tomaban los hábitos en aquel momento: lo hacían como una concesión para acceder a algún otro beneficio.

—Para entrar al mundo del cine, ¿las mujeres necesitan hacer concesiones?

—Yo no he necesitado hacerlas. Pero hay que tener en cuenta que vengo de un mundo privilegiado que me permitió producir mis propias películas. Tengo claro que si no hubiera tenido mis propios recursos, jamás habría podido conseguir los fondos para empezar en esto. En cambio a los varones no les resulta imposible. Fíjate que uno ve cantidad de muchachos jóvenes que nadie sabe de dónde, pero que obtienen dinero para filmar. Yo tuve cantidad de dificultades, pero no precisamente económicas, que suelen ser las que más ocasionan la necesidad de hacer concesiones.

—¿Qué perfil tiene sor Juana en su guión?

—Es una poeta barroca, apasionada, lírica, conjeturadora. Una mujer inteligente, rebelde, solitaria. Fue contra la corriente de su época y padeció la cruz de su talento. En el ensayo de Octavio Paz hay una frase que tal como él lo dice condena la vida de sor Juana: "El conocimiento —afirma Paz— es una transgresión cometida por un héroe solitario que luego será castigado". La de ella es una existencia errática de obstáculos desde que nace. Fíjate que cuando era chica Juana se vestía de varón porque sostenía que así iba a poder entrar a la Universidad. En aquel momento los hombres habían decapitado de un modo arbitrario que las mujeres no entrarían al lugar del saber. En el guión le hago decir a Juana "como no puede disfrutarme de varón, me vestí de monja". Ella necesitaba lo que todo artista para poder crear, es decir, silencio y concentración y sólo lo consiguió a través del claustro.

—En su ensayo Juana también renuncia al amor, o dice es un tema que si siquiera se le plantea?

—No se podría decir. Yo inventé un amor por ahí. Pero esa es la fantasía del coguionista, Taco Larreta, y mía. Lo que sí se puede asegurar es que a pesar de estar recluida en un convento ella escribe apasionadamente sonetos de amor, varios de los cuales estarán en la película.

—¿Por qué eligió a la actriz española Assumpta Serna para el papel de sor Juana?

—Ante todo porque Assumpta es una gran actriz. Yo no concebí mi trabajo si no es con actores y actrices de primera línea. Pero, además, porque es bellísima y yo creo que la belleza conmueve. En el personaje yo quisiera que ella lograra una cosa muy importante que la va a hacer más interesante. Por ejemplo, le estaba marcando una escena donde ella caminaba por el claustro, y yo le pedí que caminara de un modo moderno, co-

Con cuatro largometrajes sobre sus espaldas —"Momentos", "Señora de nadie", "Camila" y "Miss Mary"— María Luisa

Bemberg (miembro organizador del Festival Internacional de la Mujer y el Cine), llevó a la pantalla "Yo la peor de todas",

un film en el que la actriz española Assumpta Serna se metió en la piel de sor Juana Inés de la Cruz, una monja y poetisa mexicana que en el siglo XVII, tal como dice la

Bemberg, "fue contra la corriente y padeció la cruz de su talento". Con producción de Lita

Stancio y la actuación de Dominique Sanda, Héctor Alterio, Lautaro Murúa, Franklin Caicedo, Graciela Araujo y Hugo Soto, entre otros, la película ha dado por concluido su rodaje.

mo lo hace habitualmente. Que no tuviera esa postura como erogada que tenían las monjas cuando yo era chica. Yo quiero que esta monja se agarre la soga con los dientes para poder trepar una escalera. Todas esas actitudes le darán fuerza al personaje que, además, según mi expectativa, le va a inyectar una enorme confianza a la platea si logra mostrar en toda su dimensión los padecimientos que atraviesa un artista que busca expresarse. Si, en definitiva, de eso se trata la vida de Juana.

—¿El arte creativo implica necesariamente atravesar el dolor?

—Sí. Para poder crear hay que pasar por



el dolor tanto como por la alegría, la excitación, las enormes descargas de adrenalina y los momentos de desasosiego.

—¿Cuál es el momento de mayor excitación para una directora en todo el proceso que implica producir un film?

—Yo siento un enorme alivio cuando me encuentro, al fin solos, con el compaginador. Con latas y latas de emoción contenida que espera ser compaginada. En ese momento trabajo a mi propio horario, a mi propio ritmo, sin obligación de tener talento en horario sindical. Creo que yo soporto el padecimiento de la filmación —que es durísimo— sólo por el placer de llegar al maravilloso momento del montaje.

—Durísimo, pero fascinante, ¿o no?

—Sí. Yo creo que en la vida no existe otra experiencia más excitante que la de filmar. Porque, además, te da una enorme sensación de poder. Un director de cine es como un pequeño dios en su equipo. Yo pido quinientos extras y me los dan. Pido lágrimas y me las traen. Pido saqueo y llega la maquilladora con un fraquito. Pido lluvia, y me traen lluvia. Todo lo que quiero me lo dan. Me basta saber lo que quiero, estar segura de qué es exactamente lo que necesito en la película, y sé que ahí estará todo. Entonces uno experimenta un enorme agradecimiento de hacer un trabajo en el que todo un equipo trabaja para solucionar los problemas con el único objetivo de que uno pueda recrear la historia que ha intuido. Esta tarea grupal que fomenta el cine no se da en todas las disciplinas creativas, y eso también es parte del placer de esta profesión.

—Usted dice que un cineasta es un pequeño dios en la medida en que todo un equipo trabaja en torno de sus deseos, pero ¿no gana el realizador de una situación de poder aun mucho antes de comenzar el rodaje, cuando puesto a escribir un guión elige qué historia, qué porción de la realidad, merece la pena ser plasmada en celuloide?

—Yo no sé si uno decide tanto. Pienso que de repente hay una historia que te atrapa. En mi caso, siento que sor Juana me agarró de la manga en algún momento de mi incompromiso y me dijo "vay a contar mi vida". No te creas que uno como cineasta dice "ahora voy a ha-

cer tal cosa" y allá va. Uno de pronto se siente como invadido por un personaje, un rostro, una imagen y sabe que hasta que no lo plasme en imágenes, deberá tenerlo como una obsesión.

—¿Y a usted desde cuándo la persigue la obsesión de sor Juana?

—Hace tres años me llamó Taco Larreta y me dijo "acabo de leer el libro de Octavio Paz sobre sor Juana Inés de la Cruz. Esto debería ser tu próxima película y me gustaría que la hicieramos juntos". Yo vagamente había oído algo de esa mujer hacía treinta años y recuerdo que entonces había pensado en ella como en una muchachita de 17 años que se puso la corte de México en el bolsillo, que entró al convento y que terminó teniendo un salón literario en el locutorio, hecho que despertaba la envidia de las demás monjas. En aquel momento me había parecido un personaje apasionante y pensé qué bueno sería una película con la vida de esta mujer, pero seguramente —me dije inmediatamente— no habrá ningún director al que le interese contar esta historia. Jamás se me hubiera ocurrido pensar que la que llevara esa pasión a la pantalla podía ser una directora, y mucho menos fantasear con que esa directora podía ser yo misma.

—¿En aquel momento usted no trabajaba en cine?

—No. En ese entonces yo era una señora de mi casa que ni soñaba con el cine. Te estoy hablando de hace treinta años. Pero, como verá, en el cine nunca es tarde para empezar.